

GUA.—¡¡Román!! ¡¡Román!! No me bridan lo que puedo aceptar y se enojan porque no admito lo que ofende... ¡Y éste es el que me quiso más y el que parecía mejor! ¡Todos lo mismo, todos! ¡¡Malhaya de la mujer que se ve sola!!

(Timbre).

TELÓN

PERSONAJES

ANGÉLICA

ROSARIO

ROMÁN

FANTASMAS

Comedia en dos actos y en prosa, estrenada en el TEATRO LARA la noche del 25 de Noviembre de 1915.

RAIMUNDO

EL DOCTOR URQUISTE

CARAVERRA

ENRIQUE

GUTIERREZ

EPICÓ A ACTUAL

PERSONAJES

ANGÉLICA

ROSARIO

ROMUALDA

LA VIUDA DE CIFUENTES

LA HERMANA DE LA VIUDA DE CIFUENTES

JUANA

RAIMUNDO

EL DOCTOR URGENTE

CAÑAVERAL

ENRIQUE

GUTIERREZ

EPOCA ACTUAL

actor.

ACTO PRIMERO

Un pabellón en un jardín. Una sola puerta al foro, con hojas que abren hacia el escenario. A la derecha una rotonda de cristales. A la izquierda un ventanal. Forrillos, árboles. Todo limpio, nuevo, alegre y claro.

Es de día.

ESCENA PRIMERA

ROSARIO y RAIMUNDO

(Rosario lee una novela. Raimundo, sentado a una mesita, concluye de escribir unas notas con lapiz en un cuaderno de bolsillo.)

RAI.—Todo marcha bien. Y en cinco minutos despachados los negocios. ¡Es un encanto el vivir! ¿No opinas tú así, Rosario?

Ros.—*(Distraída.)*—Así...

RAI.—Fué magna idea la tuya de construir este pabelloncito. Desde que Dios amanece—y amanecemos nosotros—hasta la hora de dormir,

aquí pasamos el día. ¡El sitio es maravilloso realmente! Del ventanal vemos este mar bravío de San Sebastián, con sus quietudes de mansísimo cordero y sus cóleras súbitas de león, las temidas galernas. Desde ahí, las montañas y los valles... y en torno del pabellón, los árboles, las flores, los pájaros... ¡Es maravilloso! ¿Verdad, Rosario?

ROS.—Sí.

RAI.—¿Qué te he dicho? ¡Siempre ausente de mi conversación!

ROS.—Ahora leía.

RAI.—Es lo mismo cuando no lees. ¿Dónde van ya los tiempos en que eran interesantísimas las nimiedades que nos decíamos?

ROS.—No pretenderás que nos digamos las bobadas de hace doce años.

RAI.—No. Y muchas veces me lo digo a mí mismo: «Qué error tan grande, Raimundo, al pretender conservar doce años la ilusión y el amor que te dieron para toda la vida.» Pero de errores viven los amores, Rosario.

ROS.—¿Tienes queja de mí?

RAI.—Ninguna.

ROS.—¿Y no sabes que estoy malucha?

RAI.—De nervios.

ROS.—A los hombres os parece que no es enfermedad.

R. I.—Tú lo dices, yo lo creo.

ROS.—Y el doctor.

RAI.—También lo dice el doctor Urgente; pero ni él ni tú contestáis a mi pregunta: ¿Por qué son esos nervios? Tú y yo, y tu sobrina Angélica, es decir, toda la familia, estamos bien de salud; aquí no hay preocupación de dinero ni mortificaciones de amor propio por ser o dejar de ser, que nada soy, nada busco, y vivo de mis rentas. Entonces, ¿por qué esas nerviosidades?

ROS.—¿Y yo qué sé?

RAI.—Si tuvieras la voluntad firme de curarte, me parece a mí que te curaba yo.

ROS.—¿Cómo?

RAI.—Volviendo un poco a ser lo que fuimos. Verás el plan. Empieza por darme un beso.—*(Ella le coge y le besa la mano.)*—No, mujer, eso no es un beso. Lo que te pido es algo que revele tu ilusión conmigo.—*(Ella le besa en la frente.)* ¡No! Acercar los labios y huir como si te quemara mi piel... ¡tampoco es así! Lo que deseo es un beso largo, sostenido, amoroso... ¡a ver si comprendes! ¡Un beso de cine!

ROS.—No digas bobadas.

RAI.—¿Bobadas?—(Se levanta.)—¿Bobadas? No te curarás. Mejor dicho, no te curaré. Paciencia, Raimundo, paciencia. ¡Es una gran desdicha que el amor de uno solo no sirva para amarse dos.

ROS.—Si yo te quiero.

RAI.—Dejémoslo en que sí... pero dejémoslo.

ESCENA II

DICHOS: CAÑAVERAL

CAÑ.—(Con una carta.)—¿Dan licencia?

ROS.—Estando abierto no es menester el permiso, Cañaveral.

CAÑ.—Siempre.

RAI.—Una manía.

CAÑ.—No, señor; un criterio fundamental. La vida señala puestos a los hombres, y los hombres tenemos el deber de acomodar nuestra conducta al puesto que ocupamos.

ROS.—Pero cuántas veces le repetiremos que es usted un amigo, más que un secretario y un administrador.

CAÑ.—Ustedes son muy dueños de añadir la obra de piedad, que es el afecto, a la obra de misericordia que realizan al sostenerme en esta

plaza, honoraria por el trabajo y magnífica por la retribución; pero libreme Dios de traspasar los límites del más profundo respeto.

ROS.—Como usted guste.

CAÑ.—Hay que mantener el principio de las jerarquías, doña Rosario, y no meterse en el terreno de los superiores.

RAI.—Pues yo me luzco de veras si llego a pensar lo mismo. A estas horas aún me vería tirando de las vagonetas, como una bestia más, para sacar el carbón de las galerías en la mina. E hice todo lo contrario: desde el primer día a formar tertulia con los capataces, que sabían un poco más que los obreros, y cuando bajaba un ingeniero, con el ingeniero iba yo, y siempre que pude he puesto el pie un escalón más alto.

CAÑ.—Eso le honra a usted mucho.

RAI.—Ni mucho, ni poco; que no lo hice por honrarme, sino por enriquecerme.

CAÑ.—También es muy legítimo.

RAI.—¡Ya lo creo! Y si honrado me veo, no es por trabajador, sino por afortunado.

CAÑ.—Por las dos cosas.

RAI.—Por las dos cosas, no; que igual andaba de honra cuando era minero nada más, y nadie vino nunca a enorgullecerse con mi amistad y en mi compañía.

CAÑ.—No se lo discuto. Encuentro muy noble, nobilísimo, el encumbrarse por vías honestas. ¡De otro modo, no! Y en ningún orden se debe transigir con las incorrecciones.

RAI.—Según a lo que usted llame incorrecciones...

CAÑ.—A todo lo que no merece la aprobación pública de las gentes.

RAI.—Esa es otra fantasía de usted...

CAÑ.—No, no. Otra idea fundamental. A ciertas personas, de sentidos muy delicados, les causa un mal físico la grosería o la falta de higiene de sus contertulios, y a mí también me causa un tremendo malestar la indelicadeza y la burla rufianesca y las palabras irreverentes... que siempre acusan falta de higiene en los sentimientos...; y tan indispensable considero el baño de agua para los cuerpos, como el baño de corrección para las almas.

ROS.—(Levantándose.)—Conformes, sí; pero usted exagera un poquito...

CAÑ.—Es posible, cuando usted lo dice; pero yo jamás transigiré con felonías ni con ruindades, y si ustedes no fueran dos señores correctísimos, yo no estaría un momento más a su lado, aun sabiendo que renunciaba al pan para mi boca.

ROS.—¿Ve usted la exageración?

CAÑ.—Quizás... Pero, en primer término, y antes que todo, el caballero se debe a la verdad y a la justicia.

RAI.—Exacto.

CAÑ.—¡Lo que me complace oír esa aprobación, don Raimundo!

RAI.—Exactísimo. De modo que si usted mañana descubriera una mala acción nuestra, ¿nos denunciaría usted a los Tribunales?

CAÑ.—¿Cómo, cómo?

RAI.—Le pregunto que si usted, después de siete años de comer a manteles en la mesa nuestra y de recibir el cariño y las consideraciones de todos, descubriera una acción infamante o criminal en uno de nosotros, ¿ayudaría usted a llevarnos a presidio para contribuir a la causa de la justicia y de la verdad?

CAÑ.—Es absurdo el suponerlo en ustedes...

RAI.—Conteste. ¿Sí, o no?

ROS.—Conteste, conteste...

CAÑ.—Si pasara eso, yo saldría inmediatamente de su casa.

RAI.—Teniendo tan severa la conciencia, no basta.

CAÑ.—Y no dificultaría la averiguación...

RAI.—No basta.

CAÑ.—Y... ¡y me pegaría un tiro!

RAI.—No basta.

CAÑ.—Pues ¡¡dos tiros!!

RAI.—(Abrazándole.)—Créame a mí, Cañaverál: no tenga ideas fundamentales en nada, que todo varía según las personas y las circunstancias, y hay muchas justicias, justicias absolutas, que son muy grandes felonías... y hay verdades, verdades absolutas, en que sólo es noble la mentira, y la verdad es una grande, grandísima canal'ada.

CAÑ.—¡Ponen ustedes unos ejemplos tan desesperados, que se queda uno sin razón, aun trayendo el saco lleno de ellas!

RAI.—Mientras no sea más que hablar por hablar, bien está que se diga sentenciosamente: «¡¡La Justicia, la Verdad!!...» Pero cuando vaya usted a causar daños con verdades o con justicias, mire antes mucho el caso, mírelo mucho, Cañaverál...

CAÑ.—Lo miraré, lo miraré cien veces...

RAI.—Firmemos esa carta.

(Sacando la pluma stilográfica.)

CAÑ.—Es para el agente de Madrid, acusán-

dole recibo del importe de los cupones del trimestre, y recordándole la venta de las acciones del Banco de Cartagena, por encargo de don Enrique.

RAI.—¿El vecino?

CAÑ.—Sí.

RAI.—¿No le es a usted simpático Enrique?

CAÑ.—No, señor.

RAI.—Tampoco a mí. Pero no debe uno esquinarse con los vecinos.

CAÑ.—Bueno, bueno. Firme... ¡Hola, doctor!...

ESCENA III

DICHOS: el DOCTOR URGENTE

DOC.—Salud, señores... aunque sea disparatado el que lo desee un médico. (A Rosario.) ¿Cómo andamos? El pulso está fuerte. ¿Hacemos ejercicio?

ROS.—Poco...

CAÑ.—Cuesta un triunfo el conseguir que salga. Anoche estaba animadísima para el concierto de hoy. Hoy ya desistió...

ROS.—No tengo ánimo ni para vestirme, pero quiero que vayan ustedes, sobre todo por la pobre Angélica.

DOC.—Es una criatura deliciosa.
 ROS.—A buena parte viene usted con las alabanzas. Angélica es la adoración de Raimundo, la adoración de Cañaverall...

DOC.—Y la de todos.

RAI.—Yo, sí, la quiero mucho.

CAÑ.—Es encantadora. La belleza, hecha mujer una vez más. Y luego un genio tan dulce, tan apacible, tan igual... Merece al mejor hombre de la tierra.

DOC.—Si yo fuera viudo, la merecería yo. Me creo de lo mejorcito.

RAI.—No sería yo quien pusiera dificultades a una persona de las condiciones de usted.

DOC.—¡Pues de veras que siento el no ser viudo!

CAÑ.—¡Repórtese, doctor!

DOC.—Fué una broma.

CAÑ.—Ni en broma la conceptúo licita. El casado no debe mirar más que a su mujer.

DOC.—¡Es muy poco eso, Cañaverall! ¿A usted no le ha gustado nunca más que la suya?

CAÑ.—Ninguna más.

DOC.—Respetando muchísimo a la suya propia, claro está, pero... ¿no sintió usted nunca el deseo de contemplar a una mujer guapa?

CAÑ.—¡Nuncal ¡Jamás!

DOC.—(Aparte a Raimundo.)—Raimundo, usted que tiene más confianza con Cañaverall... dele usted en mi nombre un puntapié a ese señor. No merece otra respuesta.

ROS.—¿Quedamos en que irán ustedes al concierto...? Si lo mío fuera una cosa de cuidado, una verdadera enfermedad...

DOC.—No la asistiría yo.

CAÑ.—¡Doctor!

DOC.—Yo no asisto más que a los sanos. Es mi especialidad.

RAI.—Poco negocio...

RAI.—Al revés, grandísimo. Infinitamente mayor que el número de enfermos es el número de sanos que necesitan asistencia facultativa.

ROS.—¿Piensa usted que es fingido todo el mal que achacamos a los nervios?

DOC.—Fingimiento, no señora, pero tampoco enfermedad en la inmensa mayoría de los casos.

CAÑ.—Obedecen a preocupaciones o a disgustos, a causas morales.

DOC.—(Aparte a Cañaverall.)—O inmorales. De todo hay... (Dirigiéndose a Rosario.)—Salvo cuando existe lesión—y esa pronto se manifiesta,—en los demás trastornos nerviosos es rarísima.

mo encontrar el origen en una pena o en una gran contrariedad. Por regla general, las crisis nerviosas empiezan en llanto y acaban en confesión.

ROS.—¿Sabrá usted muchas tragedias íntimas?

DOC.—Ninguna.

ROS.—¿Las olvida usted inmediatamente?

DOC.—Eso es poco. No las supe nunca.

ROS.—Bien hecho.

DOC.—La experiencia me convenció de que el médico ha de curar el espíritu tanto, por lo menos, como pretende curar el cuerpo, que en muchos enfermos no hay más que el fantasma de la enfermedad.

ROS.—Bastante es.

DOC.—Bastante, sí, señora. Y le aseguro a usted que no resulta labor muy fácil, porque la terapéutica del alma aún está muy en embrión.

ROS.—Nuestro amigo Cañaveral no serviría para esa especialidad de usted, porque su amor a la justicia y a la verdad le obligarían a revelar las confesiones.

CAÑ.—No, señora.

DOC.—Evidentemente que no.

RAI.—Sus ideas fundamentales me parece que están en liquidación.

CAÑ.—No, señor. Como siempre, inflexibles; pero admito alguna salvedad.

RAI.—Muy bien. Eso viene a ser, aproximadamente, *un poco más de una pulgada escasa*.

CAÑ.—No, señor; no, señor.

ESCENA IV

DICHOS: JUANA y ROMUALDA

JUA.—Señorita, la Romualda, que si puede pasar.

ROS.—Sí.

JUA.—Entra.

(Deja paso y mutis.)

ROM.—Buenas tardes tengan ustedes.

RAI.—¿Qué hay, Romualda?

ROM.—Nada, señorito, más que el gusto de saludarlos... y de paso a ver si podían hacer algo por mí.

ROS.—¿No estás colocada?

ROM.—No, señora, señorita.

ROS.—¿No presentastes la tarjeta mía en casa de los Valerio?

ROM.—Me la dió ayer don Cañaveral, y ayer mismo fui.